

Los primeros quinientos



Acaba de realizarse en Caracas, por invitación del presidente de Venezuela, una reunión preparatoria del Encuentro de Intelectuales de las Américas que habrá de celebrarse con motivo del quinto centenario del descubrimiento de América.

En la carta que enviara Carlos Andrés Pérez sostenía que los latinoamericanos no podíamos permitir que la celebración fuera sólo un vistoso espectáculo y debíamos procurar convertirla en un punto de partida hacia un

nuevo rumbo en nuestro devenir, a través de una profunda reflexión sobre lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos y estamos decididos a ser.

A la misma fuimos invitados, continuando con una reciente e interesante práctica, algunos políticos: los ex presidentes de Brasil y Uruguay, José Sarney y Julio Sanguinetti, el anterior vicepresidente de Nicaragua, Sergio Ramírez y quien esto escribe, acompañados por una más nutrida delegación venezolana.

El grupo intelectual estaba predominantemente constituido por escritores: Uslar Petri, García Márquez, Zea, entre los más conocidos por los argentinos, que no pudimos estar representados por Ernesto Sabato, ausente con aviso.

Como era de esperarse, la primera sesión tuvo características polémicas, al considerarse el problema de nuestra identidad y la naturaleza, características y trascendencia de nuestro mestizaje, particularmente en su aspecto cultural. Por allí pasaron Copérnico, Darwin, Humboldt y, desde luego, Las Casas y Vitoria.

Por supuesto, el problema más serio se originó en el análisis valorativo de la conquista, paradójicamente, a mi juicio, suscitado con más vehemencia a raíz de lo que puede ser considerado como un gesto diplomático de España al relegar el exclusivo tema del descubrimiento y procurar elegantemente poner el acento en lo que se llamó el encuentro de las dos culturas.

Encuentro de las dos culturas? Encontronazo, dijo lacónicamente Gabriel García Márquez que, sin embargo, estuvo muy constructivo durante toda la reunión. Nunca he leído —agregó sonriente Sergio Ramírez, que después sería uno de los redactores del comunicado final— que los españoles celebraran la invasión de los moros. Más contundente fue el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum cuando sostuvo que el descubrimiento abrió los caminos del mar y de la codicia al más grande genocidio de la historia. ¿Cómo era posible, entonces, hablar de encuentro?

¿Qué había, en consecuencia, que celebrar? Uslar Petri supo dar la respuesta, erudita y elocuente: el descubrimiento fue el comienzo de la universalización de la historia y, en cierto modo, de la globalización del destino humano; el Nuevo Mundo se transformó, según la definición de Bolívar, en "un pequeño género humano", resultado de un triple mestizaje que define un comportamiento cultural específico e inconfundible; generó una crisis intelectual y moral que, a su vez, provocó un desconocido cuestionamiento enmarcado en dudas y preguntas nunca hasta entonces suscitadas en el hombre europeo, y de tanta perplejidad se engendra una inmensa y profunda crisis espiritual de la que, en gran medida, nace el hombre moderno; surgen la geografía universal y la nueva cosmografía, definida por Copérnico y Galileo; es la causa de una real crisis de conciencia del pensamiento europeo, que llegó a poner en tela

de juicio la legitimidad del orden político tradicional. "¿Qué vamos a celebrar el 12 de octubre de 1992? El quinto centenario del punto de partida de todas estas inmensas novedades de las que ha surgido el mundo moderno. Un nuevo tiempo de la humanidad entera comenzó en esa fecha prodigiosa. Con el viaje de ida se sembró la semilla del Nuevo Mundo americano. Con el viaje de regreso se inició el Nuevo Mundo universal. Es esto, escuetamente, lo que la humanidad entera tiene que conmemorar el 12 de octubre de 1992. Ciertamente, no hay acontecimiento en la Historia universal que se le pueda comparar en la magnitud de sus consecuencias."

Finalmente, creo que todos nos dimos cuenta que por el camino de la discusión inicial no íbamos a llegar a ningún lado y sin oposición comenzamos a considerar una suerte de agenda que sagazmente había preparado don Arturo Uslar Petri, enfocando el tema desde el punto de vista que más podía servir a los intereses actuales de América latina, con el propósito de utilizar la celebración de los quinientos años no tanto para un lamento precolombino, por justificado que fuere, sobre todo en algunos países, sino más bien con el fin de afirmar nuestra presencia en la escena mundial y reivindicar nuestros derechos en la discusión de un nuevo orden internacional, tanto en lo político como en lo económico. Esto era lo que deseaba, por otra parte, el presidente venezolano.

Desde ese momento afloraron por doquier las coincidencias y se terminó con una discusión que seguramente para todos los que estábamos allí tenía un matiz existencial, porque ¿cómo hubieran hecho para encontrarse nuestros padres sin el descubrimiento?

Se había establecido así un cierto orden del día y esto nos permitió considerar aisladamente nuestra situación actual ante el mundo, la tendencia y significado de los cambios que se están produciendo en el universo y, finalmente, nuestras propias respuestas frente a aquella realidad y estas transformaciones.

En la muy breve declaración de la Reunión Preparatoria, casi un comunicado, se sostiene que las grandes transformaciones operadas contemporáneamente en el mundo han dejado a América latina en la periferia; que los procesos de democratización que se han producido en la región han marcado la diferencia entre la vida y la muerte, pero que no han bastado para afianzar la justicia social; que la miseria de las mayorías y la concentración de riqueza en las minorías exhibe un verdadero colonialismo interno y demuestra la ineficacia de planes de ajuste que no tienen en cuenta requerimientos elementales de los pueblos; que es urgente trabajar en la integración de América latina, a la que debe pensarse no sólo en materia económica, sino además desde el punto de vista de la educación, la cultura, la ciencia y, sobre todo, en términos políticos; que es necesario avanzar en la idea y desarrollar el concepto de comunidad de naciones, que ha de expresar su primera concreción en un Parlamento elegido popularmente; que sólo con su plena integración nuestra América puede asegurar la independencia de sus decisiones, hacer frente a los desafíos de su destino, asumir el reto del progreso científico, tecnológico y cultural, así como el de defender su patrimonio ecológico; que América latina no tiene alternativas: en nombre de su dignidad y su sobrevivencia debe plantearse a sí misma la necesidad de participar en la creación de un nuevo orden internacional capaz de asumir que la búsqueda de la justicia social y la prosperidad de los países en desarrollo es un requisito de la paz universal.